

JOSÉ JOAQUÍN PESADO

Y LA IDEALIZACIÓN DEL PASADO PREHISPÁNICO

Rosaura Hernández Monroy*

En el presente artículo deseo reflexionar en torno a un aspecto de nuestra literatura en el siglo XIX: la idealización del pasado prehispánico. Después de la Independencia, México trata de construir una literatura nacional que reflejara las inquietudes y el ingenio de la nueva nación; con esta idea los creadores decimonónicos rechazaron el pasado inmediato colonial y mostraron simpatía por la civilización prehispánica con miras a una reivindicación social. En este contexto cultural José Joaquín Pesado escribió su colección de poemas *Las Aztecas*, paráfrasis de algunos cantares mexicanos; la obra resulta congruente con su visión política conservadora: ante un presente caótico y desarticulado este poeta vuelve los ojos a la Edad de Oro de nuestra historia, es decir al periodo prehispánico.

Introducción

A principios del siglo XIX, México vivía el ambiente novedoso de su independencia política respecto a España, todo esta-

* Área de Estudios Interdisciplinarios de Cultura en México, Universidad Autónoma Metropolitana - Azcapotzalco.

ba por hacer. Los intelectuales, un grupo reducido en relación a las grandes masas de analfabetos, asumieron la importante tarea de dirigir el país, dándole un proyecto político y un proyecto cultural. La finalidad primordial de algunos de ellos como Ignacio Ramírez e Ignacio Manuel Altamirano fue de construir o reforzar la nación mexicana, tratando de eliminar los rasgos coloniales que aún subsistían.

Ya Mariano Otero había señalado el camino: "... una nación no es otra cosa que una gran familia, y para que ésta sea fuerte y poderosa es necesario que todos sus individuos estén íntimamente unidos con los vínculos del interés y de las demás afectaciones del corazón".¹ ¿Cómo lograr esos vínculos de interés?, la respuesta vino pronto: a través de una ideología nacionalista que permitiera identificar a todos los mexicanos con el mismo código simbólico, los mismos valores y la misma visión del mundo y de la vida.

El vehículo ideal, se pensó, sería la literatura. A la cual se le encargó la noble tarea de instruir al pueblo iletrado. El hombre de intelecto ya no debía recluirse en la torre de marfil; sino como artífice de la palabra estaba obligado a participar en la vida política difundiendo la ideología que construiría la nación.

La Literatura Nacional

Toda sociedad posee una cultura peculiar y para el individuo, ambas se encuentran siempre vinculadas y ninguna puede

1. Mariano Otero. *Obras*. México, Porrúa, 1967. Vol. 2, p. 127.

existir sin la otra. El lenguaje es de hecho la esencia de la cultura, ya que las palabras son las depositarias de la experiencia acumulada por anteriores generaciones. Cada lengua posee conceptos únicos y sus significados son intransferibles, lo que evidencia cómo cada lengua concreta la forma peculiar en la que se relacionan hombre y naturaleza. De esta manera el lenguaje además de permitir la creación de la cultura garantiza al mismo tiempo su continuidad y la socialización de sus contenidos específicos: es la expresión de la cultura y es la forma como es comunicada.

Aunque hoy sabemos que es desafortunado hablar de cultura nacional, suponiendo a ésta como la expresión de un *espíritu* especial o el *alma* de un pueblo. Sin embargo, en el siglo XIX los intelectuales mexicanos así lo creyeron, la cultura nacional y por ende la literatura tenía una misión histórica: la de mostrar con orgullo el ser del mexicano. Olvidaron que la cultura va más allá de los marcos políticos de las formas estatales y no está circunscrita a una frontera.

Para Altamirano la literatura había abierto el paso al progreso al generar y transmitir las grandes ideas que permitieron la guerra de Independencia, convirtiéndose en la propagadora más ardiente de la democracia. Por ello, en ese momento, la literatura tenía una misión patriótica del más alto interés, porque —decía— “la gloria espía sonriendo a la juventud, señalándole el cielo, la literatura mexicana, no puede morir ya, de este santuario saldrán de nuevo otros profetas de civilización y de progreso, que acabarán la obra de sus predecesores. Entonces los patriotas de la primera generación, inclinados por el peso de una vejez ilustre, irán a dormir a sus tumbas tranquilos, porque

dejan en su patria discípulos dignos que les recordarán con lágrimas y que les tributarán el culto más grato para ellos... la imitación de sus trabajos y de sus virtudes".²

Como vemos Altamirano habla claramente de una literatura mexicana que ha nacido y no puede morir ya, sólo se necesita que se le dé continuidad e impulse su crecimiento; misión que históricamente le toca a él y a sus coetáneos realizar. Atendiendo a las ideas del crítico literario brasileño, Antonio Cândido, aquí vemos la actividad literaria como parte del esfuerzo de construir un país libre, por lo tanto se imprime a la literatura un nacionalismo artístico que glorifica los valores locales. En la literatura, entonces, se prioriza el sentimiento de misión, los creadores se preocupan más en la representación de la realidad que en los artificios de la imaginación.³

Altamirano también apela a otro elemento necesario para que podamos hablar de la literatura como un sistema simbólico: la continuidad. Siguiendo a Cândido, diremos que sin tradición no se puede hablar de la literatura como fenómeno de civilización. Por tanto constatamos la conciencia de Altamirano de generar una verdadera tradición literaria, autónoma y original.

Según los autores de la época, el rasgo distintivo de la literatura nacional era su juventud. A mediados del siglo XVIII, Buffon, naturalista europeo, había expuesto las diferencias de los animales europeos y americanos. Según este científico la fauna americana era inferior o más débil, por ejemplo el león america-

2. Ignacio Manuel Altamirano. *La literatura nacional. Revistas, ensayos, biografías y prólogos*. T.I, edición y prólogo de José Luis Martínez. México, Porrúa, 1949, p. 17.

3. Por las similitudes del periodo postindependiente entre la literatura brasileña y la mexicana, es interesante leer la introducción que presenta Cândido a su libro: *La formación de la literatura brasileña*.

no no tenía melena y era más pequeño. Los animales indígenas eran pocos y de escasa corpulencia. Por extensión el hombre americano era débil también ya que no había podido dominar la naturaleza hostil.

Cornelius de Pauw, mucho más radical que Buffon, fue más allá y calificó al americano como un degenerado y a la naturaleza de decadente. Las voces de los criollos no se hicieron esperar ante estos juicios tan denigratorios, prueba de ello es la obra de Francisco Javier Clavijero: *Historia antigua de México*, cuyo objetivo era reivindicar a la patria mexicana frente a los infundios de estos europeos.

Posteriormente Buffon rectificó sus tesis y publicó en 1777 *Epoques de la nature*, donde afirma que el continente americano es un mundo joven, e inmaduro en muchos aspectos; razón por la cual aún existía agua en vastas regiones como la Amazonia y la Guayana. Esta reconsideración de Buffon sobre los americanos le ganó el aprecio de éstos, y aportó a nuestros escritores decimonónicos un argumento importantísimo: la juventud de nuestra literatura.

Súbitamente una de las preocupaciones de los ilustrados, la de nuestra filiación cultural con Europa, quedaba resuelta. Mientras los europeos tenían que analizar su producción artística dentro de una larga historia cultural que los remitía hasta el mundo clásico, los mexicanos no tenían ese problema, eran como unos niños que tras el grito de Independencia nacieron a la historia nacional. En México los creadores rompieron con su pasado inmediato, evidenciando su incapacidad para asumir la historia. Jubilosos no tenían que preocuparse por explicar o entender su historia, nada los ataba al pasado y lo que poseían como tesoro era la deslumbrante luz de un futuro promisorio.

José María Lafragua en su discurso inaugural del Ateneo Mexicano, del 25 de febrero de 1844, declara entusiasta: “Nosotros, señores, acabamos de nacer: la literatura mexicana está, pues en la cuna. Nuestra edad primitiva se pierde en la noche de la conquista: en la que debemos llamar antigua, mas que lo que se conoce estrictamente con el nombre de literatura, florecieron las ciencias; y en la media México no era mas que, como de su patria dice un poeta, la segunda luz de España, que por colmo de males sólo era un reflejo de Italia y de Francia. Así nuestra literatura hasta 1821, con muy honrosas excepciones, estuvo reducida a sermones y alegatos, versos de poco interés, descripciones de fiestas reales y honras fúnebres, y alguna letrilla erótica”.⁴

Es más, Lafragua ubica el nacimiento de la literatura nacional con la creación de la Academia de Letrán: 1836. Si esto suena exagerado, recordaré que Joaquín Baranda en la clausura de los cursos del Instituto de Campeche, en 1866, declaró que nuestra literatura no era joven, era “literatura niña” que nació ayer.⁵

Así en el siglo XIX se conformó el mito de juventud de la literatura mexicana y se buscaron todos los elementos autóctonos que le dieran un carácter propio para poder considerarla verdaderamente nacional.

4. José María Lafragua. “Carácter y objeto de la literatura”. Discurso pronunciado en la inauguración del Ateneo Mexicano el 25 de febrero de 1844. *El Ateneo Mexicano*. T.I. México, 1844.

5. Joaquín Baranda. Discurso sobre la poesía mexicana. Pronunciado en la clausura solemne de las cátedras del Instituto de Campeche el día 18 de noviembre de 1866. Este como otros artículos que el Dr. Jorge Ruedas de la Serna ha rescatado después de una larga investigación biblio-hemerográfica, aparecerán en una antología comentada que el Dr. Ruedas prepara con sus alumnos del Seminario de Literatura Mexicana, siglo XIX.

El poeta de la virtud: José Joaquín Pesado

José Joaquín Pesado formó parte de la importantísima Academia de Letrán, creadora del proyecto de una Literatura Nacional; se le ha considerado junto con José Carpio, uno de los exponentes del grupo llamado clásico que se caracterizó por extender sus raíces hasta la cultura grecolatina frente a los románticos que se nutrieron de la lírica francesa.

Asistió muy poco a la escuela, y con la dirección de sus padres aprendió en su casa lo esencial de las primeras letras. El resto de sus conocimientos los adquirió de manera autodidacta; así aprendió latín, italiano, francés, inglés y algo de griego. Conoció a fondo la filosofía, el derecho y la historia, y llegó a ser tan versado en teología que resolvía acertadamente los casos que le eran consultados respecto al dogma.

La adquisición de idiomas fue para él, la llave con la que pudo acceder tanto a los idilios de Teócrito, las odas de Horacio, hasta el soneto amoroso de Petrarca, la disertación filosófica de Pope y la meditación religiosa de Lamartine. Todas estas lecturas, le dieron un carácter liberal a sus ideas, porque ¿cómo leer las épocas gloriosas de Grecia y Roma? y no pensar en la Democracia y la República. Prueba de su participación liberal es que formando parte del poder ejecutivo en Veracruz, en abril de 1834 le tocó dar cumplimiento al decreto de cerrar los conventos de franciscanos y agustinos en el Estado. Lo que le ganó todos los vidrios rotos de su casa.

Sin embargo, el camino errático que siguió el país con decisiones políticas desafortunadas, desencantó a Pesado al igual que a muchos hombres notables de la época. El mito criollo de la riqueza de la tierra, se desmoronaba ante la realidad: México

era un país despoblado, heterogéneo en sus razas, pobre en sus recursos y atrasado en su civilización. Pesado se muestra crítico: “Se da por sentado que México era el imperio más opulento”: idea falsa, por no decir pueril, que ha dado lugar a errores de mucha consecuencia, decretándose en todos los tiempos gastos exorbitantes a que no pueden bastar los recursos naturales de la nación...”⁶

Había que redecidir y Pesado ante la serie de ataques que recibió la Iglesia, cambió de filiación política, militando con el grupo conservador, hecho que lo hizo blanco de reproches y hasta de animadversión de sus antiguos correligionarios.

En el *Diccionario Universal de Historia y Geografía*, obra publicada en España y reeditada en México en 1856, se publicó, como apéndice del tomo IV, la biografía de Agustín de Iturbide escrita por José Joaquín Pesado, las noticias concernientes al personaje son numerosas y detalladas. En esta obra, Pesado considera que la primera época de la revolución fue retardataria más que impulsora de la emancipación del país, por lo tanto es severo en su juicio sobre la actuación de Hidalgo. En cambio su opinión en torno al Emperador es diferente: “Siendo Iturbide el autor de la independencia, aún no le consagra su patria una estatua, ni hay en ella un departamento que lleve su nombre. ¡Quiera Dios que este olvido, que parece casual, no sea profético, anunciándose con él la triste suerte que amenaza a la raza española en México”.⁷

En 1854, al reinstalarse la Universidad de México por el gobierno de Santa Anna, fue nombrado doctor en filosofía y se le

6. José Joaquín Pesado. *El libertador de México D. Agustín de Iturbide*. México, Imprenta de M. Rosello, 1872. p. 37

7. *Ibid.* p. 88.

asignó la cátedra de literatura. Otra distinción notable, recibida meses antes de su muerte, fue el nombramiento que la Real Academia Española le hizo como individuo de la misma corporación en la clase correspondiente a extranjero, pues el diploma enviado el 15 de septiembre de 1860 reconocía sus “relevantes circunstancias y copiosa erudición”.

Su obra está integrada por poemas amorosos, teológicos y morales, reunidos en un volumen titulado *Poesías originales y traducidas*, dos novelas cortas: *El inquisidor y amor eterno*, *El libertador de México don Agustín de Iturbide* y sus colaboraciones en el periódico *La Cruz*. Para Pesado lo más importante es la *virtud* y a ella se accede vía la religión y el amor; gracias a la virtud, dice el poeta, la naturaleza se embellece levantando al hombre a una esfera encumbrada en la que se disfrutaban los placeres puros y los deleites verdaderos. Esta es la razón de que la virtud se convierta en el eje temático de su poesía.

Las Aztecas y la idealización del pasado prehispánico

Es singular que Pesado, autor con una obra tan diversa pero tan centrada en la herencia europea, haya también incursionado en lo que algunos llamaron una poesía de claro acento nacional, propia del país: una poesía indígena. Tal es el carácter de la colección de poemas publicados en 1854, *Las Aztecas*, paráfrasis de antiguos cantares mexicanos, traducidos en prosa por Faustino Galicia Chimalpopoca, amigo de Pesado.

La razón, tal vez, sea la que anota Concha Menéndez en su texto *La novela indigenista en Hispanoamérica*, de que el romanticismo hispanoamericano en uno de sus aspectos presentó

la evocación de las tradiciones indias, porque las victorias revolucionarias trajeron consigo un apartamiento temporal de las tradiciones españolas. Así los escritores como bien apuntó Rodó “volvieron los ojos al manantial poético de la inocencia y los dolores de los pueblos indígenas, y este orden de motivos concordaba con la pasión de autonomía que era el carácter de aquel tiempo”.⁸

¿Cuál es la motivación externa de este giro en su obra? Hagamos una reflexión del ambiente ideológico que reinaba en el momento de la producción de sus *Aztecas*. Durante la época de la Independencia la toma de conciencia de los criollos como americanos, se vio limitada por una realidad contundente: las marcadas diferencias étnicas y sociales que separaban a las diferentes clases, no existían puntos en común entre los criollos profesionistas y propietarios de haciendas, minas u obrajes con los habitantes indios, mulatos y mestizos que representaban las cuatro quintas partes de la población mexicana. Solamente el catolicismo vinculaba a esa población tan heterogénea, por ello el liberalismo significará un vehículo apropiado para la expresión de aspiraciones y resentimientos de ciertos grupos.

En los lemas radicales del liberalismo se externa el deseo de igualdad social y de destrucción del pasado colonial, absolutista y católico; de sus instituciones de control y represión como el ejército y la Iglesia, así como de su legislación proteccionista de los bienes comunales del indio y de sus instituciones corporativas.

El liberalismo mexicano consideró necesario enterrar sus orígenes españoles para poder encontrar una identidad propia, para ello se dio a la tarea de señalar el fanatismo religioso español

8. José E. Rodó. *El mirador de Próspero*. Madrid, Renacimiento, 1920. p. 202. Apud. Concha Menéndez. *La novela indianista en Hispanoamérica*. (1832-1889). Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, 1961. p. 13.

como signo de atraso y negar los elementos hispanos que conformaron la realidad social del México del XIX. Sin embargo, al invalidar la religión como elemento aglutinador, el liberalismo debía encontrar un sustituto ideológico, un mito unificador que identificara las distintas clases.

La clave fue encontrar vínculos en la historia, como algunos pensadores han dicho cuando las sociedades se desacralizan los mitos pasan al terreno político. Así que los liberales usaron el neoztequismo para mostrar la denigración que sufrieron los prehispánicos con la conquista española, para evidenciar el carácter destructor del fanatismo religioso.

Curiosamente, al tener el liberal poca simpatía por su pasado inmediato, también despreció a los indígenas que todavía vivían en una realidad cultural colonial. Lo anterior nos explica el hecho de que las masas rurales no se incorporaran al proyecto liberal.

Estos liberales fundaron su indiferencia hacia los indígenas en opiniones autorizadas como las de Alejandro Humboldt, que los había calificado de seres indolentes e ignorantes; con esta actitud negaron a los nativos la capacidad de adquirir cierto grado de desarrollo intelectual. Parecía que la opinión externada por Humboldt muchos años atrás en su *Ensayo Político* seguía vigente a fines del siglo XIX: "México es el país de la desigualdad. Acaso en ninguna parte la hay más espantosa en la distribución de fortunas, civilización, cultivo de la tierra y población".⁹

Los conservadores argumentaban que el México independiente había roto con su pasado, se había apoyado en instituciones y principios extranjeros, razones que lo habían llevado al

9. Alejandro Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*. pról. Juan A. Ortega y Medina. México, Porrúa, 1978, p. 56.

caos y la anarquía. Ciertamente este grupo desposeído de símbolos que lo habían distinguido como élite, estaba en contra de todos los vertiginosos cambios que había sufrido México después de la Independencia.

En realidad a pesar de las reformas liberales, las familias ricas de la época colonial seguían siendo dueñas de grandes latifundios, seguían influyendo en la vida económica del país, y manteniendo su estilo de vida. Muchos conservadores en la búsqueda de nuevos símbolos que los identificaran como élite, volvieron los ojos al pasado prehispánico, a la nobleza mexicana; y no pocos ostentaron rimbombantes apellidos indígenas para mostrar su prosapia.¹⁰

En esta sintonía observamos la obra de *Las Aztecas* de José Joaquín Pesado, quince cantares que temáticamente concuerdan con la producción poética prehispánica, aunque formalmente están más cerca de la poesía romántica mexicana. Tal vez porque como bien dice Luis G. Urbina tenemos una proclividad romántica:

... el ambiente de esa parte de América era incurablemente romántico. De modo es que poseíamos elementos síquicos; la expresión nos vino de fuera; la emoción la teníamos ya; era nuestra desde hacía muchos años. Un gran pensador —y probablemente el más alto de nuestros pensadores— afirma que toda nuestra literatura poética, desde 1830, es romántica".¹¹

Si consideramos que el romanticismo literario se inspiró en el mito rousseauiano de la bondad de la sociedad primitiva,

10. Para ampliar información es recomendable leer: Doris M. Ladd. *La nobleza mexicana en la época de la Independencia. 1780-1826*. México, FCE, 1984.

11. Luis G. Urbina. *La vida literaria de México*. Edición y prólogo de Antonio Castro Leal. México, Porrúa, 1965. p.94.

contemplada como un mundo de beneficencia natural y benevolencia humana, resulta congruente esta idealización del pasado prehispánico en la obra de Pesado.

Parecería extraño que además Pesado, considerado por la crítica como un poeta neoclásico, toque el tema de los indígenas; sin embargo, si recordamos las obras de Joseph de Acosta y Joseph François Lafitau, ambos jesuitas, deja de serlo. El primero en su *Historia natural y moral de las Indias* presenta la tesis de que la historia de los pueblos indígenas, a semejanza de la de los antiguos gentiles, fue un proceso providencial de preparación para el momento en que había de llegarles el Evangelio. Lafitau en su libro *Costumbres de los salvajes americanos comparadas con las costumbres de los tiempos antiguos* presenta la tesis de que la mayor parte de los pueblos de América proceden originalmente de los bárbaros que ocuparon Grecia y sus islas.

Esta preocupación es la que lleva al jesuita francés a establecer el paralelo entre las costumbres de los indios de Canadá y la de los pueblos de la Antigüedad, y a encontrar similitudes que tienden a confirmar el origen común. Lafitau, emocionado por las bondades de la vida natural, sugiere a los europeos: “seríamos sin duda más felices, si tuviéramos como ellos esa indiferencia que les hace despreciar e ignorar muchas cosas de las cuales no sabríamos nosotros prescindir”.¹²

Esta idea ilustrada del salvaje como el hombre sencillo que vive sin grandes ambiciones, libre del apetito de los bienes te-

12. Joseph François Lafitau. *Moeurs des sauvages américains comparés aux mœurs des anciens temps*. París, Saugrains Laîné, 1724. Citado por: Silvio Zavala. *América en el espíritu francés del siglo XVIII*. México, Ediciones El Colegio Nacional, 1983. p. 170.

renales, feliz en contraste con el hombre civilizado de Europa que sufre codicias y ambiciones; parece que se filtra todavía ya muy entrado en siglo XIX en México. Como ejemplo, leamos este poema de *Las Aztecas* donde un padre da consejo a su hija:

Hija, preciosa como grano de oro,
De amor rico tesoro;
Bella, como la luna en noche fría,
O como estrella que precede al día;
Graciosa como cándida paloma
Cuando serena por el cielo asoma:
No suena en la espesura
La ave con tal dulzura,
Hija, retrato de tu hermosa madre,
Como tu voz al corazón del padre.

Encanto de mi amor y de mi vida,
Al corazón unida,
Como a su tallo la azucena hermosa,
O a su verde botón purpúrea rosa.
Cuando presente estás, mi alma florece,
Y en tus gracias se goza y enriquece;
Pero sin tí, marchita
Se postra y debilita:
Eres causa feliz de mi sosiego,
y objeto de mi amor y casto fuego.

Descansa aquí conmigo juntamente,
Al margen de esta fuente,
Que corriendo al estanque cristalino
Dilata entre las flores su camino:
Cúbrese el valladar de yedras varias,

Y las tórtolas gimen solitarias:
Nos dan sombra y asilo
El álamo y el tilo:
En esta soledad, del mundo lejos,
Presta dócil oído a mis consejos.¹³

El ambiente que recrea Pesado en estos versos, nos transporta a un mundo de armonía y belleza, cuyo referente no es para nada el turbulento siglo XIX, y menos la década de los cincuenta cuando México está sufriendo la terrible guerra de Castas en Yucatán. En estas imágenes confluyen varias concepciones: la clásica que crea la leyenda de la Edad de Oro; la cristiana que idealiza la inocencia de los primeros tiempos; y la ilustrada que alaba al buen salvaje.

Grecia, Israel y Francia, las tres madres nutricias de Pesado, serán los soportes ideológicos de la obra de este poeta, producción que estará a tono con un proyecto de Estado que requería de un conjunto de obras artísticas respaldando sus planes de gobierno. La importancia que cobra el Museo Nacional, como repositorio de piezas arqueológicas e históricas; el presupuesto que se le asigna a la Arqueología; la producción pictórica de estudiantes y maestros de la Academia de San Carlos, exaltando episodios significativos de la época prehispánica; y la colección de poemas reunidos en *Las Aztecas*; nos hablan de una nación con graves problemas económico-sociales, que vuelve una mirada nostálgica a su pasado.

Como vemos los escritores románticos sintieron cierta compasión por los indígenas, pero en lugar de protestar por las injusticias de que eran objeto por parte de los gobiernos del mo-

13. José Joaquín Pesado. *Las Aztecas*. México, Imprenta de Vicente Segura Argüelles, 1854. p. 10.

mento, lo que hicieron fue criticar severamente a los españoles que conquistaron y colonizaron América. Desafortunadamente esta postura para nada ayudó a este sector, porque a qué dictador le hizo mella estas voces airadas.

Conclusión

Como sabemos, la memoria de los pueblos se compone con las ideas que éstos se forman acerca de su pasado, originadas en los materiales heredados; pero también y esto es fundamental se forma con cargas emotivas que, desde el presente, se dirigen al pasado. El siglo XIX mexicano, presionado por un proyecto económico modernizador y ante el conflicto de una sociedad plural, tuvo posiciones disímiles ante su herencia prehispánica, siendo una de ellas la de su idealización.

Bibliografía

- Acosta, Joseph de. *Historia natural y moral de los indios*. Prol. y selección de Edmundo O'Gorman. México, UNAM, 1963.
- Altamirano, Ignacio Manuel. *La literatura nacional. Revista, ensayos, biografías y prólogos*. T. I, edición y prólogo de José Luis Martínez. México, Porrúa, 1949.
- Bigas Torres, Sylvia. *La narrativa indigenista mexicana del siglo XX*. México, Universidad de Puerto Rico - Universidad de Guadalajara, 1990.
- García, Genaro. *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México*. 6, México, Bouret, 1906.
- Hale, Charles. *El liberalismo en la época de Mora. 1821-1853*. México, Siglo XXI, 1978.
- Humboldt, Alejandro de. *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*. 3a. ed. México, Porrúa, 1978.
- Ladd, Doris M. *La nobleza mexicana en la época de la Independencia. 1780-1826*. México, FCE, 1984.
- Lafragua, José María. "Carácter y objeto de la literatura". Discurso pronunciado en la inauguración del Ateneo Mexicano el 25 de febrero de 1844. *El Ateneo Mexicano*. T. I. México, 1844.
- Menéndez, Concha. *La novela indianista en Hispanoamérica. (1832-1889)*. Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, 1961.
- Otero, Mariano. *Obras*. México, Porrúa, 1967.
- Pesado, José Joaquín. *El libertador de México D. Agustín de Iturbide*. México, Imprenta de M. Rosello, 1872.
- Las Aztecas*. México, Imprenta de Vicente Segura Argüelles, 1854.
- Roa Bárcena, José. *Biografía de D. José Joaquín Pesado*. México, Jus, 1962.
- Rodríguez Chicharro, César. *La novela indigenista mexicana*. México, Universidad Veracruzana, 1988. (Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras, 20)
- Urbina, Luis G. *La vida literaria de México*. Edición y prólogo de Antonio Castro Leal. México, Porrúa, 1965.
- Zavala, Silvio. *América en el espíritu francés del siglo XVIII*. México, Ediciones El Colegio Nacional, 1983.